

LA CRIADITA

POR

CATULO MENDES

Pequeñuela, enclenque, pajiza, harapienta, con unos ojazos dulces y estúpidos, era quien por el estío llevaba los huevos frescos y la leche de la granja al castillo. Al entrar en la cocina decía «aquí está», y se quedaba de pie junto á la puerta, esperando que la respondiesen «está bien», mirando la batería de cocina, cuyo cobre relumbraba al sol, retorciéndose embobada con los dedos el delantal de algodón. El cocinero, vestido de blanco y serio, se le aparecía como un personaje extraño, casi ima-

ginario y lejano, á pesar de estar allí. Era hija de un hombre que trabajaba en la granja y de una mujer que había muerto. Pocas personas sabían que se llamaba Germana; como se la encontraba á menudo apacentando ánades, vara en mano, en las veredas festoneadas de espinos, llamábanla la Varera. Un día, el señor cura, con el breviario debajo del brazo, pasó junto á ella y la dió con dos dedos un golpecito en la mejilla, diciendo: «¡Je, je!» Aquella carantoña y aquel «¡je, je!» eran poco más ó menos toda su historia; la recordaba con interés todos los días. Sus ánades eran muy malas con ella, sobre todo una, la más grande. Hubiera preferido ser pastora de carneros, porque estos son pacíficos y se puede triscar con ellos. Pero era demasiado pequeña. Quizá más tarde se realizara su ensueño. Iba á cumplir ocho años por Pascua Florida.

Una vez la dijo el cocinero: «Hay

gente á comer. Quédate. Ayudarás.» ¡Eso sí que era otra cosa, y no el carañito del señor cura! Estaba orgullosísima; comprendió que decididamente entraba en la vida social. En la repostería, donde comió, hiciéronla beber vino; era la vez primera que bebía «agua roja», como ella decía. Hizo un gesto y dejó el vaso; pero el cocinero, que con su aspecto solemne era un hombre muy alegre, la obligó dos ó tres veces á beber, para reirse. Emborrachóse ella, y estuvo charla que charla. Contaba su gran aventura con el señor párroco, y que lasocas la picoteaban á veces hasta el hueso en las pobres pantorrillas desnudas. La hicieron beber más. Estuvo muy mala, teniendo que acostarse en la cocina entre dos sillas, con los flacuchos brazos colgando. «¡Tonta!» dijo el cocinero. Tenía pálida la cara y fijos los ojos. Sufría y se quejaba, sin comprender. Luciano, el hijo de la baro-

nesa, un chicuelo de diez años, pasó por allá, y al ver aquella niña que estaba enferma, la pellizó hasta hacerla sangre en uno de los arrugados y rojos brazos. Dió un grito y le miró. Llevaba un traje de terciopelo azul y una gran gorguera de blonda de seda torcida, sobre la cual se agitaban unos rizos de cabellos rubios. Sonrióse ella y bajó dos ó tres veces la cabeza en señal de consentimiento; se acordó de los gansos, que también eran malos, pero no tan bonitos; y levantándose hasta el hombro la harapienta manga, acarició largo tiempo con gusto el daño que se le había hecho.

Más adelante, se interesó por ella la baronesa. Cuando se resolvió que la llevarían á París para convertirla en una doncellita de labor, se puso muy contenta á causa de Luciano, y muy triste á causa de las ánaes. Las llevó á pastar una vez más por mucho tiempo, y las decía: «Anda, que yo voy á

París, y vosotras no vais.» Sentóse al borde del camino entre las ramas espinosas que la punzaban, dejándolas hacer, mirando las tierras de labor, los prados, los tres pobos rectos y puntiagudos en medio de la llanura, y allá abajo el horizonte. Decía adiós inconscientemente. Fué á beber agua en una charca, detrás del seto. Debajo de una rama cogió un nido de ruiseñores de pared, un nido vacío, seco, del año anterior, y se lo llevó como un recuerdo. Acarició á los gansos, uno tras otro; y pensó que un ganso que tuviera un traje de terciopelo azul y una gorguera de blonda de seda torzal sería muy bonito; y besó tiernamente en el cuello á la mayor de aquellas aves, la que era muy mala.

En París vivió en el hueco de una ventana, junto á la antecámara, marcando pañuelos y remendando trapos de cocina. Habíanla enseñado á coser, pero no la enseñaron á leer. Para las

personas de la condición de Germana no es saludable la lectura. Leer induce á pensar; y, una vez que se piensa, ya no se repasan tan bien las camisas. La servidumbre toda la estimaba poco, porque era silenciosa, obediente y devota de su ama. Nunca salía, á no ser los domingos, para ir á la iglesia. Mostrábase muy piadosa, sin comprender. Todas las noches decía: «Padre nuestro, que estás en los cielos...» No conocía en París nada más que la calle que estaba delante de su ventana; los transeuntes le parecían personajes extraordinarios, de diferente especie que ella; los carruajes, una cosa extraña; admiraba los adoquines. Pasó dos veces la Pascua Florida. Seguía corriendo. Continuaba siempre con sus ojazos estúpidos y dulces. Jamás alma alguna estuvo tan sola como la suya. Sin embargo, no estaba triste. Veía algunas veces á su amito, tan altivo, tan bien puesto. Cuando entraba éste en el cuar-

to donde cosía ella sentada desde la mañana á la noche, temblaba con todo su cuerpo; y sin levantar cabeza, seguía cose que cose, precipitando las puntadas, pinchándose en los dedos. Un día, la dijo él de pronto: «Ven á jugar.» Levantóse ella estupefacta y con la boca abierta, como ante un milagro. Aquel día llevaba él un vestido de terciopelo negro con trencillas de oro. Jugaron. Luciano se puso á horcajadas sobre una silla tumbada en el suelo, de la cual tiraba Germana á guisa de caballo. El pesaba ya bastante y ella era aún muy débil; jadeaba extasiada. Para hacerla correr más, dábala él de puñetazos en la espalda. «¡Oh Dios mío, Dios mío!» repetía ella con arrobamiento. Y dijo él: «Necesito un látigo.» Corrió ella á la cocina y trajo una vara muy gruesa que se usaba para sacudir el polvo á la ropa. Luciano se valió de ella. Era ya muy fuerte. Azotaba él, corría ella diciendo: «¡Ah señor, señor!» y lloraba

de gozo con sus verdugones. Por la noche en la cocina, después de haber comido con los criados, sentada aún á la mesa, cerró los ojos con lentitud, sonrióse y la oyeron murmurar: «¡Qué bueno estaba aquello!» El cocinero la dijo: «¡Golosa!»

Un día Luciano robó de la alacena una botella de vino de España. Por aquella época fumaba ya Luciano cigarrillos en los rincones. Le interrogaron y respondió: «He visto á Germana llevarse una botella.» La baronesa hizo llamar á la criadita: ¿Eres tú quien ha robado la botella?» Luciano interrumpió: «Es ella.» Germana dijo: «Yo soy.» La baronesa dió un cachete á Germana. «Bien hecho» dijo Luciano. «Sí, bien hecho», repitió Germana.

Pasó tiempo. Ella continuaba siendo flaca y ruin, pequeñaja. ¿Y fea? Sí, con manchas rojizas en las mejillas, en la nariz, en la frente. Sus grandes ojos, de mirar bondadoso y vago, eran como

los de una oveja. Llevaba un vestido negro, estrecho, que caía recto desde los hombros á los tobillos; sólo el cinturón indicaba el talle. A la sazón, Luciano era ya un mocito. Una noche la dijo: «Mamá no quiere que me den la llave de la puerta principal. Me veo obligado á tocar, advierten que entro tarde, y me regañan. Escucha: no te acuestes, daré una palmada y sales á abrirme sin meter ruido.» Era en invierno. Algunas veces quedábase ella hasta el amanecer, sin dormir, en un cuarto sin lumbre, al atisbo de la seña. Luego bajaba con una lamparilla en la mano. Necesitaba atravesar el patio del palacio. Algunas veces había nevado. Para no hacer ruido, no se ponía los zapatos. Andaba con los pies desnudos por la nieve. Envolvía la el cierzo. La castañeteaban los dientes. Cogió un catarro que ya no se le quitó. Abría la puerta, quitando una gruesa barra transversal que la helaba las manos.

Luciano decía: «Siempre me haces aguardar. Me hielo.» Una vez le respondió ella: «De ahora en adelante, esperaré en el patio.» Y así lo hizo. El invierno era muy frío.

Una noche Luciano volvió borracho. Venía de algún baile de máscaras. Estaba de veras muy guapo con su traje verde y rosa, un disfraz de paje. «¡Oh!», exclamó Germana levantando la lámpara. Subieron juntos por la escalera de servicio. Pegaba tropicónes contra la pared, canturreando este estribillo de una opereta entonces en boga: «*Cierto día, al pasar por Meudon, una joven polaca...*» y todo lo que sigue. Ella escuchaba, admirándose. Tropezó él. Al incorporarse, volvió la cabeza. Miró á Germana. Estaba beodo. Era una mujer. ¡Bah! La agarró por la cintura y la besó bruscamente en los labios. Estremeciéndose toda, como un ave que se sacude las plumas, y cayó sin sentido en los peldaños juntamente con

la lámpara, que se hizo trizas. «¡Al diablo la tonta!», exclamó Luciano, huyendo por temor á que el ruido hubiera causado alarma.

Germana ya no trabajó más en el hueco de la ventana, junto á la antecámara. Tomó la costumbre de sentarse desde la mañana en un peldaño de la escalera de servicio, siempre el mismo, y de coser allí. Los criados burláronse de ella, y los dejó que hablasen. Se había vuelto extraña. Algo se había encendido dentro de sus dulces ojos, de mirar menos vago. Canturreaba á media voz durante mucho tiempo una tonadilla, siempre la misma: «*Cierto día al pasar por Meudon, una joven polaca...*» Cantaba esto á veces muy alegremente y deprisa, otras con suma lentitud, detallando las sílabas, prolongando las notas. Aquel tarareo tenía entonces una tristeza infinita. «*Una joven polaca me dijo: Caballero, perdón...*» y de pronto se desha-

cía en lágrimas. Encontrábase muy feliz.

Luciano se formalizó. Tratóse de casarle. La señorita era rica y bonita. Se enamoró de ella. «Casadnos pronto», dijo él. Los casaron. Germana fué puesta al servicio de los nuevos esposos: ella misma había pedido este favor. El día de boda estuvo desde la mañana en el aposento nupcial. Iba, venía, correteaba, ponía los muebles en su sitio, colocaba las flores en las jardineras, sonreíase, exclamaba: «Esto es muy bonito, aquí» y jamás había estado tan contenta. Llevaba puesto un trajecito que la dió la novia. Y repetía: «Señor Luciano... señor Luciano... bienaventurado... bienaventurada.» Por la noche pensó que en aquel momento estarían bailando en la boda, y se puso á bailar también, cantando con ritmo de vals: «*Cierto día, al pasar por Meudon...*» Hacia media noche, ayudó á la recién casada á desnudarse.

El dormitorio, con colgaduras pálidas y apenas iluminado, estaba misterioso y encantador. «¡Qué guapa es V.!,» dijo á la esposa. Avivó el fuego, alineó con esmero las almohadas del lecho conyugal, besó furtivamente el que estaba más cerca del borde, y dijo riéndose á Luciano que entraba: «Buenas noches, señor Luciano.»

Una hora más tarde salió de la casa. Iba á escape, en derechura. En las calles, nadie. Había llovido. El cielo, muy nublado y oscuro, tenía acá y allá claros bruscos llenos de estrellas; la luz de los reverberos se reflejaba en las húmedas losas. Germana caminaba á lo largo de las casas. Iba muy alegre. Cantaba al andar. Anduvo más de una hora. Oyó un gran ruido, suave y uniforme, el de un río que corre. Se metió por el Puente Nuevo. Cuando llegó en medio se detuvo, miró á su alrededor, vió que estaba sola, y se puso á hablar en voz baja. Lo que decía era

una oración: *«Padre nuestro, que estás en los cielos; santificado sea tu nombre...»* Interrumpióse algunas veces en el rezo, para volver á la canción. Se subió en el pretil (*«Cierta día, al pasar por Meudon...»*), miró el agua, se quitó el delantal, arrancó la cinta (*«una joven polaca...»*), arrolló la falda en torno de sus flacas piernecillas, la sujetó con la cinta cual si temiese que alguien la viese desde abajo las piernas (*«me dijo: Caballerito, perdón... perdón... Padre nuestro, que estás en los cielos... perdón... perdón...»*) y desapareció debajo del agua, que en aquel sitio, reflejaba un claro del cielo, que estaba enteramente azul y lleno de estrellas.

SGANARELLE

POR

TEODORO DE BANVILLE

En aquella boda de honrados burgueses, fabricantes de flores para la exportación y de papeles pintados, Bixión, cuyos dibujos comenzaba á rechazar por demasiado flojos *Le Charivari* y que desde ocho días antes no había devorado ninguna presa, sentíase con ganas de guasa; por eso acogió con el más perfecto agrado la pregunta del señor Lestibondois, el comerciante en seda cruda.— ¡De modo—dijo—que es una verdadera consulta lo que V. me pide!

—Sí—contestó Lestibondois;—para un amigo mío.